

# Maldita Herencia



*“Visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen” - Jehová*

A la clínica de uno de los renombrados médicos de París se presentó un obrero, que parecía un gigante, llevando de la mano a un ser raquítico, enano, contrahecho, una miseria, en fin que inspiraba conmiseración al mirarlo.

Mientras esperaban, el padre infundía ánimo al niño diciéndole que contestara dónde le dolía cuando el médico le preguntara, y el pobre niño, melancólicamente, contestaba que sí, con la cabeza.

De repente se abrió la puerta; apareció el médico y el obrero maquinalmente se adelantó hacia él.

“Veámosle”, dijo el doctor, y con lentitud y con gran delicadeza empieza a palparlo, a auscultarlo y a examinarlo. De cuando en cuando hacía una breve pregunta. Después hubo un silencio profundo durante el cual el obrero no extendiendo casi, no respirando, creía escuchar los látigos de su propio corazón en su pecho angustiado.

El médico se levantó y fijándose en el obrero le dijo fríamente:

“Este es hijo de un alcoholizado”.

“¡Cómo?” exclamó el obrero. “Nunca me he emborrachado. Puede usted preguntar . . .”

“Sí”, replica el doctor, “pero ¿puedes tú afirmar no beber nunca alcohol?”

“Bebo, sí . . . todas las mañanas . . . antes de empezar el trabajo. Comencé comprando cinco centavos hace ahora cinco años. Usted comprende . . . el trabajo . . . los compañeros . . . ”

“Y ¿ahora?”

“Tomo por valor de veinte centavos; pero le juro que no me hace nada”.

“Pero, desgraciado, no comprendes que esto que tragas todas la mañanas, y que tal vez, cuando se presenta la ocasión, durante el día, ha concluido por empapar tu cerebro, por impregnar tus nervios, tus músculos, y tu médula espinal. Tú no eres más un hombre; eres una esponja llena de alcohol”.

“Y entonces” gimió el desgraciado, temeroso de comprender un gesto intraducible.

“Y entonces ahí tienes el resultado en ese niño”.